VIEW OF THE NATURE AND ITS INHABITANTS IN SONORA:
A DESCRIPTION OF THE PROVINCE, BY GERMAN JESUIT
MISSIONARY IGNAZ PFEFFERKORN

MARINA MARTÍNEZ ANDRADE*

Professor-researcher, Department of Philosophy
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Abstract: *Ignaz Pfefferkorn arrived in Pima, Opatan and Eudeve lands —located in Northeastern New Spain— in 1756, together with the last group of German-speaking Jesuit missionaries, who experienced the expulsion of the Company in 1767. On his return to Germany, after a series of vicissitudes and his captivity in Spain, he wrote Sonora: A Description of the Province, in which, apart from narrating his works and experiences, he gives an account of the pool of knowledge he acquired during his missions over 11 years. The chronicle —integrated by two books: the first one, almost a natural history of Sonora, and the second one, an authentic indigenous anthropology which describes the natural inhabitants of the region from the perspective of the missionary— is especially valuable in the field of some scientific disciplines, as it is for history, anthropology, ethnology, and travel literature themselves.*

KEYWORDS: ANTI-AMERICAN PHILOSOPHERS; TRAVEL LITERATURE; INDIGENOUS PEOPLE; CONVERTING; EDUCATING.

RECEPTION: SEPTEMBER, 2014

ACCEPTANCE: OCTOBER, 2014

*marinamr01@gmail.com

VISIÓN DE LA NATURALEZA Y SUS HABITANTES
EN *DESCRIPCIÓN DE LA PROVINCIA DE SONORA*,
DEL MISIONERO JESUITA ALEMÁN IGNAZ PFEFFERKORN

MARINA MARTÍNEZ ANDRADE*

Profesora-investigadora, Departamento de Filosofía
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Resumen: Ignaz Pfefferkorn llegó a territorios pimas, ópatas y eudebes —situados al noroeste de la Nueva España— en 1756, con el último grupo de misioneros jesuitas de habla alemana, a quienes les tocó vivir la expulsión de la Compañía en 1767. Al regresar a Alemania, después de una serie de vicisitudes y su cautiverio en España, escribió la *Descripción de la provincia de Sonora*, en la que, aparte de narrar sus trabajos y experiencias, da cuenta del cúmulo de conocimientos adquiridos durante sus once años de ejercicio misional. La crónica —integrada por dos libros: el primero, casi una historia natural de Sonora, y el segundo, una auténtica antropología india donde se describe a los habitantes naturales de la región desde la visión del misionero— es valiosa en el campo de algunas disciplinas científicas, al igual que para la historia, la antropología, la etnología y la literatura de viajes.

PALABRAS CLAVE: LOS FILÓSOFOS ANTIAMERICANISTAS; LITERATURA DE VIAJES; INDÍGENAS; CONVERTIR; EDUCAR.

RECEPCIÓN: SEPTIEMBRE DE 2014

ACEPTACIÓN: OCTUBRE DE 2014

*marinamr01@gmail.com

En el presente artículo se tiene como objetivo central el estudio de la crónica *Descripción de la provincia de Sonora*, del misionero jesuita alemán Ignaz Pfefferkorn, la cual constituye un testimonio invaluable para conocer lo ocurrido en el noroeste de México antes de la expulsión de los jesuitas, y en la que se ofrece el panorama natural (reinos vegetal, animal y mineral) y etnológico (nativos y sus hábitos, costumbres, carácter, ideas, concepciones, etcétera) de esta zona.

El estudio se emprende desde diversas disciplinas, básicamente la literatura de viajes y la imagología: el empleo de dichos términos manifiesta el enfoque teórico asumido en su estudio. De esta manera se analizan su modelo narrativo; sus dimensiones literaria, histórica e ideológica; la perspectiva desde la cual el narrador percibe tanto el espacio narrado como a sí mismo y a los diferentes grupos humanos que lo pueblan, así como la forma en que articula su relato con el proceso de evangelización y aculturación emprendido en la región.

La imagología literaria puede entenderse como una de las formas de indagación más concretas de aproximación a la alteridad: la observación de las imágenes, de los prejuicios, de los estereotipos y, en general, de las opiniones sobre otros pueblos y culturas, condensa las ideas que el autor comparte con el medio social y cultural en el que vive. Al mismo tiempo, la descripción de la otra cultura revela y cuestiona la visión que tiene de la suya y la forma en que él mismo se coloca en ella, es decir, nos habla de su propia identidad cultural mediante una comparación continua que va de la identidad a la alteridad.

LOS JESUITAS DE LENGUA ALEMANA EN EL NOROESTE DE LA NUEVA ESPAÑA

En 1590, por Real Acuerdo, los jesuitas (llegados a la Nueva España en 1572) tomaron a su cargo la conquista, pacificación y colonización evangélica del noroeste de la Nueva España, justo en la “frontera septentrional”, al sur del actual Estados Unidos y al norte del México colonial, en regiones comprendidas en la parte norte del ahora estado de Nayarit, la mayor parte de Durango (incluyendo Parras), toda la sierra de Chihuahua, el norte de Sinaloa, todo Sonora hasta el río Gila y la península de California, extensión bastante mayor que toda la península ibérica (Decorme VII).

La frontera representaba el límite de la expansión colonial de la Nueva España: poco poblada, clima extremo, terreno de difícil acceso, presencia de tribus indómitas, alejada de los centros de control de las autoridades y, al mismo tiempo, en la línea defensiva de los establecimientos españoles; condiciones que explican por qué la colonización sólo había llegado hasta allí y no más lejos.

La fundación del sistema de misiones tuvo una fase inicial entre 1591 y 1608 con la consolidación de los primeros asentamientos indígenas en la llamada “Misión de Sinaloa”. A partir de 1614 se inició un coordinado proceso de expansión, el cual culminó en 1699. Entre los jesuitas más destacados en ese momento, Ortega Noriega menciona —con base en Pérez de Ribas— al mismo padre Andrés Pérez de Ribas, a Pedro Méndez, Cristóbal de Villalta, Vicente del Águila, Tomás Basilio, Diego de la Cruz, Pedro Castini y Julio Pascual (59).

Por mucho tiempo, en esa zona sólo se permitió la presencia de misioneros de origen hispánico, puesto que Felipe IV, en 1654, prohibió el paso a las Indias de religiosos provenientes de otras naciones. No obstante, la cuantiosa reserva de jóvenes con vocación misionera generada por el florecimiento de la Compañía de Jesús en las provincias centroeuropeas y la demanda cada vez mayor de misioneros para los pueblos indígenas fueron factores que influyeron en la promulgación de la Real Cédula del 12 de marzo de 1674, la cual permitió la entrada de una tercera parte de misioneros extranjeros de cada expedición, entre ellos, los llamados “jesuitas de lengua alemana”, quienes hablaban y se comunicaban en esta lengua, a pesar de no ser todos de origen germánico.

El padre Kino —quien llegó a España en 1681— fue el primero de la Asistencia Germánica en ingresar a una misión novohispana: “el primero y, de lejos, el más famoso” (Kohut XXI). En contraste con Kino, Ignaz Pfefferkon arribó a los territorios pimas, ópatas y eudebes en 1756, como parte del último y pequeño grupo de misioneros procedentes de las provincias jesuitas de habla alemana; fueron los últimos en entrar a Sonora, quienes vivieron en carne propia la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767.

Cuando el padre Pfefferkorn y sus compañeros arribaron a Sonora, tenían tras de sí poco más de 150 años de la fundación de las misiones en el noroeste de la Nueva España, y 70 años de la entrada del padre Kino a través de la Pimería Alta hacia las Californias. En un principio quisieron seguir el modelo misional de Kino, sin embargo, nunca pudieron alcanzar iguales resultados; además de que las circunstancias históricas y sociales se habían transformado profundamente después de la sublevación indígena de 1751.¹

1 Dicha rebelión, encabezada por el caudillo indígena Luis de Sáric, fue obra de un buen número de pimas conversos en alianza con grupos gentiles del río Gila cuyo objetivo era el exterminio de los misioneros y todos los españoles de la región. Así, dieron muerte a los padres Tomás Tello y

IGNAZ PFEFFERKORN: DE WÜRZBURG EN ALEMANIA, A ATIL Y CUCURPE EN SONORA

Muy pocos son los datos biográficos que se tienen acerca de Ignaz Pfefferkorn. Nació en 1725, en Mannheim, Alemania —en ese entonces, parte del Arzobispado de Colonia— y murió en la misma ciudad *ca.* 1798. Ingresó a la Compañía de Jesús a los 17 años de edad, con la idea de destinarse al sacerdocio y la misión; para alcanzar sus objetivos realizó estudios en varias instituciones de la orden situadas en Tréveres, Düsseldorf, Bären y Coblenza (Tietz 509).

En agosto de 1754, a los 29 años de edad, se trasladó de Würzburg a Génova y más tarde a Cádiz con el fin de embarcarse hacia la Nueva España, pero sólo pudo zarpar, tras una serie de vicisitudes, hasta el 25 de diciembre de 1755, junto con otros 41 compañeros. Desde entonces trabó fuerte amistad con Joseph Och, Michael Gerstner y Bernhard Middendorf, integrantes de la misma expedición y del grupo de los últimos jesuitas alemanes llegados a Sonora. Junto a ellos dedicó su prolongada estancia en Cádiz a estudiar la lengua española, platicar con misioneros experimentados que ya habían estado en las llamadas Indias, y leer cartas de sus hermanos enviadas desde esas regiones.

El viaje a la Nueva España fue largo pero tranquilo; por fin, en marzo de 1756 llegaron a Veracruz para dirigirse a México. Middendorf se separó de ellos en Puebla, ya que los otros tres compañeros fueron retenidos allí cerca de cuatro meses ante la duda de si enviarlos a Puerto Príncipe en Cuba o dejarlos continuar su recorrido a la capital. Una carta del gobernador de Sonora, don Juan de Mendoza, en la que solicitaba el establecimiento de cinco nuevas misiones, fue decisiva para destinarlos a ese lugar, situado en los confines de la cristiandad.

Enrique Ruhen en Caborca y San Miguel de Sonoita respectivamente; hirieron a los padres Jacobo Sedelmayer en Tubutama y a Juan Nentuig en Sáríc; al igual que a Gaspar Stiger en San Ignacio, Ignacio Keller en Suamca, José Garrucho en Guevavi y Francisco Paver en San Xavier de Bac. Para someterlos, el gobernador Diego Ortiz Padilla prefirió la vía de la negociación a la armada, por lo que les concedió el indulto a cambio de abandonar su actitud hostil y deponer las armas; al mismo tiempo, entró en pugna con los misioneros y los responsabilizó del alzamiento, por lo que, cuando los jesuitas regresaron a las misiones, perdieron autoridad ante los indígenas, quienes se resistían a acatar la disciplina en lo referente al trabajo, la asistencia a misa y a la doctrina. Así, los últimos quince años que los misioneros permanecieron en la Pimería Alta transcurrieron en un ambiente de inseguridad y zozobra. Al respecto, véase Burrus 48-77.

Se trasladaron a la Ciudad de México y de ahí salieron rumbo a Sonora, montados “a lomo de mula” y acompañados de tres arrieros, que funcionaban como guías y sirvientes, jalando cada uno de los seis hombres otra acémila de carga con su equipaje y toda clase de provisiones: cojines, trastos de cocina, alimentos varios y hasta leña. Dormían bajo una carpa grande a cielo abierto. “[Éramos una verdadera] caravana de gitanos”, escribió Och, en cuyo diario describe el itinerario del viaje y las peripecias vividas durante el mismo.²

En el último tramo del trayecto pasaron por Nacameri, Opodepe y Cucurpe para llegar a la misión de San Ignacio, donde se entrevistaron con el padre Rector, Gaspar Stiger, de origen suizo. Allí se despidieron los tres viajeros: Och se quedó en este lugar y Gerstner siguió hasta Sáric; respecto a Pfefferkorn, en un principio se pensó enviarlo a Sonoita con los indios pápagos, pero como éstos, recién entrados en contacto con el cristianismo, habían destruido y abandonado la misión y todavía permanecían inquietos, se prefirió destinarlo al pueblo pima de Atil.³

En Atil, el misionero alemán, aparte de atender su misión, daba servicio a las familias españolas residentes en el lugar y a la guarnición de Altar. En el desarrollo de sus labores pudo aprovechar la iglesia y la pequeña casa construidas por Kino que aún estaban de pie. Después de siete años se trasladó a Cucurpe en búsqueda de condiciones más favorables para su salud, misión en la que trabajó con gran felicidad —según lo confiesa— entre los indios ópatas y eudebes, a quienes encontraba más tranquilos y dóciles que a los pimas; sin embargo, sólo permaneció con ellos cuatro años, porque en 1767 llegó la orden que expulsó a los jesuitas de la Nueva España y de todos sus dominios de ultramar.

Recibida la orden de expulsión, los jesuitas residentes en la frontera septentrional se reunieron en Mátape por instrucciones del padre Juan Nentuig, provincial de esas misiones; de ahí salió Pfefferkorn rumbo a Guaymas, el 25 de agosto de 1767, bajo vigilancia militar, en un grupo conformado por 51 misioneros —30 procedentes de Sonora y 21 de Sinaloa—. Continuaron por mar hasta San Blas y luego por tierra

2 Och hace referencia a este viaje en *Missionary in Sonora: The Travel Reports of J. Och S. J., 1755-1767*. Ed. y trad. Theodore Edward Treutlein. San Francisco: California Historical Society, 1965. 1-181.

3 Por su parte, Middendorf —quien llegó antes que ellos a Sonora— estuvo primero en Tucson como capellán de una tropa de soldados, pero los disturbios de los indios lo forzaron a trasladarse a San Xavier de Bac, de ahí a Sáric, luego a Batuco y por último a Movas, donde lo sorprendió la expulsión. Actualmente se le considera como el “pionero de Tucson”.

a Veracruz, en un largo y penoso trayecto en el cual algunos murieron. Casi un año después, de los 51 jesuitas que iniciaron el viaje, sólo 30 llegaron con vida a este puerto; de ahí prosiguieron a La Habana, donde permanecieron varias semanas, para llegar por fin a Cádiz el 12 de julio de 1769.

En el grupo de expulsos, Pfefferkorn se reencontró con Gerstner y Middendorf, no así con Och, quien en el momento de la deportación estaba hospitalizado en la Ciudad de México, por lo que salió y llegó a España antes que ellos, y después de tres meses de prisión, viajó a Alemania, vía Italia. Los otros integrantes del cuarteto original, apenas llegados a Cádiz, también fueron encarcelados como sospechosos de traición; Pfefferkorn permaneció en cautiverio durante seis años, hasta que una carta de su hermana Isabella dirigida a Max Ferdinand —obispo y príncipe elector de Colonia— consiguió que éste intercediera ante el Rey de España para lograr su liberación.

Pfefferkorn regresó a Alemania a los 52 años; llevaba consigo una buena parte de papeles y documentos —los cuales pudo salvar, a pesar del severo control de las autoridades— con miras a la futura edición de un libro sobre sus experiencias en Sonora. También lo ayudó en este propósito la información que el padre Jacobo Sedelmayr y otros jesuitas le proporcionaron, sobre esa región, durante el cautiverio; asimismo, la sorprendente memoria del autor desempeñó un papel de primordial importancia en la escritura de la obra.

CRÓNICA DEL VIAJE DE PFEFFERKORN A SONORA

A su regreso a Alemania a principios de 1778, no obstante su permanente mal estado de salud, resultado de las fatigas sufridas al regreso de América y de su aprisionamiento en España, Pfefferkorn dedicó su vida a escribir una crónica del viaje a Sonora con el fin de relatar sus experiencias y transmitir el cúmulo de conocimientos adquiridos durante los once años vividos en aquellas tierras; su objetivo central era dar a conocer esta región de la Nueva España a Alemania y al mundo:

Mi propósito es sacar de la oscuridad a Sonora, una provincia que aunque casi desconocida en Alemania es notable y digna de darla a conocer al público tan ávido de

información concerniente a tierras lejanas e instructivos viajes; no una aventura ficticia sino una historia útil y sustanciosa. (23)⁴

Originalmente, según su autor, la obra se estructuró en tres volúmenes o libros, de los cuales se conocen sólo los dos primeros, sin tener noticia del tercero, que pudo no haberse publicado o bien no haberse encontrado pese a las exhaustivas pesquisas de los investigadores (al respecto, se conjetura que el autor pudo haber muerto antes de la publicación o que ésta no se haya realizado por motivos políticos). Sin embargo, Pfefferkorn da por hecho la existencia de los tres tomos y reseña el contenido de cada uno en el prefacio de la crónica que tituló *Descripción de la provincia de Sonora*.

En el primer libro se trata la geografía y la historia natural de Sonora, dividida en los clásicos reinos vegetal, mineral y animal, con lo que el cronista se coloca en la tradición jesuita de indagación, conocimiento y escritura acerca de la naturaleza de las remotas regiones donde se asentaban sus miembros. En el segundo libro —cercaño a la antropología y la etnología— predomina la descripción de los habitantes de Sonora desde la visión del autor y se analizan el establecimiento y la administración interna de las misiones. En el tercero, el autor relata el viaje de regreso desde América hasta Alemania, incluyendo su cautiverio en España, así como información detallada de ciudades y puertos americanos y el comercio español con México; continúa con una reseña de la expulsión de los jesuitas y finaliza con una selección de documentos escritos por los misioneros Kino, Sedelmayr, Ugarte y Consag. Armando Hopkins —traductor de esta crónica al español— comenta en la introducción al Libro primero: “¿No es pues extraordinario, que un oscuro misionero del siglo XVIII haya tenido la sabiduría y paciencia que requiere la investigación y haya sido lo suficientemente tenaz para publicar el producto de sus observaciones?” (10).

No obstante todos sus aportes, la crónica de Pfefferkorn permaneció en el olvido por mucho tiempo, especialmente en el continente americano, hasta que el investigador estadounidense, Theodore Treutlein, la tradujo del alemán al inglés en 1949 y reunió ambos volúmenes en uno solo. Con el auspicio del gobierno de Sonora y basándose en el trabajo de Treutlein, Armando Hopkins tradujo del inglés al español

⁴ Si bien he revisado la edición en inglés de Theodor Treutlein y los dos tomos en español, publicados por separado, de Hopkins Durazo, las citas del presente trabajo proceden de la reciente edición de CONACULTA en un solo tomo, también a cargo de Hopkins.

el Libro segundo en 1983, por considerarlo de mayor interés para los sonorenses, y, posteriormente, el Libro primero en 1984; con base en las traducciones de Hopkins, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en su colección Cien de México, ha puesto al alcance de los lectores, en 2008, la edición completa de la *Descripción de la provincia de Sonora* en un solo tomo.

LA NATURALEZA DE SONORA: REINOS VEGETAL, MINERAL Y ANIMAL

Ignaz Pfefferkorn llegó a Sonora después de un largo recorrido que no se ocupa de describir en su obra, pero del cual podemos enterarnos mediante los relatos de algunos de sus compañeros de viaje —especialmente Och y Middendorf—, con quienes compartió un destino común. Tres grandes etapas constituyeron su itinerario: *a)* de Würzburg a la Ciudad de México; *b)* de esta ciudad a Sonora, primero establecido en Atil y luego en Cucurpe, sedes de sus dos centros misionales; *c)* de Mátape, Sonora, a Cádiz, España, y, finalmente, a Alemania.

Su *Descripción de la provincia de Sonora* se focaliza en su estancia en las misiones, por lo que bien puede ser considerada como literatura de viajes, pues en ella el autor viajero —imbuido en las ideas europeas del siglo XVIII y en su misión casi divina de evangelización y civilización— va al encuentro con los otros, considerados en el imaginario europeo como primitivos y salvajes:

La literatura (de viajes) puede ser entendida como el ámbito privilegiado en que se da la transformación del sujeto, que, sin el encuentro con el otro, no sería posible. Otro imaginado previamente, preconcebido culturalmente, inclusive cuando se piensa en él en términos de descubrimiento, pero al encuentro del cual se puede ir de manera decidida y abiertamente humanística —a pesar de que la historia del encuentro con el otro, incluso en la literatura de viajes no siempre lo parezca. (Jordi Llovet 384)

Al igual que sus hermanos de la Compañía de Jesús, Pfefferkorn llegó al Nuevo Mundo con dos propósitos básicos: convertir y educar.⁵ Comprender a las sociedades

5 Sin olvidar que el estar sujeto a la Corona española lo convertía en colaborador de la tarea de colonización emprendida por ésta para desprender a los indígenas de su propia cultura, sometiendo los a un acelerado proceso de asimilación de elementos culturales (religión, lengua, costumbres) ajenos a su historia.

nativas y la naturaleza que las rodeaba contribuiría a realizar sus propósitos; por tanto, como todo viajero, comenzó por situarse en el espacio donde se moverían él y sus futuros feligreses. Las experiencias, observaciones y descripciones incluidas en su crónica se localizan en el tiempo y en el espacio, de modo que presenta a sus lectores un modelo plástico de comprensión desplegado en una dimensión espacio-temporal que proporciona el marco diegético a su narrativa. Según Otmar Ette: “El relato de viajes es la forma de escritura literaria en la que quizá se plasme con mayor claridad la relación de la escritura con el espacio, su dinámica y su necesidad de movimiento” (11).

Así, Pfefferkorn dedica los capítulos iniciales del Libro primero a la localización cartográfica de Sonora y sus límites, así como a la ubicación de los diversos grupos indígenas que la pueblan, distinguiendo a los que considera como salvajes por no estar convertidos al cristianismo, de los que engloba en el término “la Sonora española y cristiana” (31) que ya había recibido la acción evangelizadora. Describe también el estado natural, clima y fertilidad de esta provincia, a la que presenta como una región de elevadas montañas, fértiles valles y extensas llanuras: un *locus amoenus* “que proyecta sobre la realidad del país semiárido que es y ha sido siempre la Provincia de Sonora” (Tietz 521).

En diversas ocasiones la compara con Alemania, contrastando el aquí y el allá del cual nunca se aparta por completo; de esta manera, hablando del clima, encuentra similar el frío de Sonora al que se experimenta a lo largo del río Rin en el mes de marzo durante un invierno normal; pero, para destacar la fortaleza de los alemanes, dice: “el frío es tan tolerable que uno puede pasarla muy bien sin necesidad de un calentón. Un alemán no necesita más que una buena cobija para protegerse del frío” (39).

En general, el misionero idealiza esta provincia, asemejándola a un paraíso terrenal:

En conjunto, Sonora es una región bendita. Sus cerros y sus valles brillan con minas de oro y plata. [...] La fertilidad del suelo incita a maravillarse. Produce incomparablemente plantas, árboles y cualquier cosa que requiera suelo rico y aire caliente para crecer. Muchas plantas que han sido introducidas de Europa crecen excelentemente allá y podrían prosperar mucho más si hubiera gente que se aplicara a sus cultivos con diligencia y trabajo. En los cerros, así como en los llanos, hay la más excelente pastura; crecen abundantemente los pastos más finos y toda clase de hierbas saludables. Debido a esto Sonora tiene las condiciones más favorables y convenientes para una industria

ganadera considerable y por espacio de unos treinta años ha mantenido multitud de animales durante el año entero en sus magníficos pastos. (42-43)⁶

A lo largo del primer libro, el jesuita alemán, implícitamente, contradice las ideas que circulaban en Europa respecto de América, difundidas a partir de los llamados filósofos antiamericanistas: Georges Louis Leclerc, conde de Buffon; Cornelio de Pauw; el abate Raynal y el historiador William Robertson,⁷ que exponían un denigrante concepto de América. Buffon fue el primero en articular estas ideas con base en la teoría de los climas de Montesquieu, la cual establecía relaciones determinantes entre el clima y los hábitos, así como entre las instituciones y las costumbres de los pueblos. En general, Buffon y sus seguidores concebían a América como un continente inferior, débil e inmaduro; en ellos prevalecía una visión etnocéntrica que consideraba al Viejo Mundo como superior al Nuevo; por ello, todo lo que se desviaba de la naturaleza de aquél resultaba anormal, degenerado y negativo; llegaban, incluso, al extremo de negar a América toda posibilidad de progreso, el cual, en todo caso, sólo podría llegar en un futuro lejano.⁸

Sobre estos filósofos, Pfefferkorn tiene la ventaja de la observación y la experiencia directa, *in vivo*, ya que aquéllos —pese a su firme adhesión a la “observación experimental”— nunca pisaron tierras americanas. El jesuita se detiene largamente en la descripción de la naturaleza de Sonora, de modo que esta parte de su crónica constituye una historia natural centrada de manera específica en esta región del mundo. En la organización estructural del contenido, sigue la división y orden clásico del

6 Sin embargo, escribe a continuación de esta cita: “[en la actualidad] no es ni la sombra de lo que fue y sólo queda un triste recuerdo de su prosperidad inicial” (43), debido a las incursiones e invasiones de apaches y seris que han sido causa de la emigración de muchos habitantes de Sonora —incluidos los españoles acomodados—, el abandono de muchas minas y el descuido de la agricultura y ganadería. Es necesario recordar que la perspectiva desde la cual Pfefferkorn escribe su crónica se dio transcurridos algunos años después de su estancia en esa provincia.

7 Sin duda Pfefferkorn conocía las teorías de estos pensadores, aunque en su crónica sólo menciona a Robertson en dos ocasiones: en el Prefacio del autor, Primera parte, 20-21, y en el Apéndice A, Segunda parte, 297-301.

8 Una ampliación de este tema puede encontrarse en *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, de Antonello Gerbi.

género, dividiéndola en los reinos vegetal, mineral y animal, a los que corresponden cuatro, dos y cinco capítulos, respectivamente.

Del reino vegetal, empieza por destacar que, no obstante el poco esfuerzo dedicado a la agricultura, la provincia sonorensis produce trigo, cebada y maíz en abundancia debido a su sorprendente fertilidad, por lo que es fácil imaginar la producción que alcanzaría si fuera cuidadosamente trabajada. Y luego, desmintiendo siempre de forma implícita las tesis de la inferioridad americana, afirma que muchos productos agrícolas de estas tierras, como ejotes, cebollas y rábanos, se dan mejor aquí que en Alemania, asegurando que cualesquiera de las plantas y frutas cultivadas en el viejo continente son o serían más grandes, más dulces y sabrosas de lo que son en Europa. Asimismo, describe un sinnúmero de plantas, entre ellas las típicas de esta zona, sin dejar de mencionar otras más conocidas, como melones, sandías y calabazas, que abundan en el lugar.

En su narrativa confluyen la descripción y el relato, así como múltiples anécdotas, comentarios y reflexiones, mezcla que hace patente la hibridez del género de viajes, en la cual radica gran parte del interés por su lectura. Por ejemplo, al hablar del árbol del jabón (llamado *amole*) opina que podría aprovecharse en la limpieza, ahorrando lo que se gasta en consumir el muy caro jabón español, aunque, señala: “Para los indios no tiene la menor importancia el jabón. Su propia piel es camisa y vestido para la mayoría de ellos. Si están sucios se bañan en el río con todo y ropa y así tanto ellos como su vestido quedan de nuevo limpios” (56).

Destina un gran apartado a las numerosas plantas y hierbas curativas de la región, circunscribiéndose a aquellas de las que tiene mayor conocimiento o que ha experimentado en carne propia; incluso, considera la posibilidad de recompensar con ellas la falta de médicos, cirujanos y boticarios en la región. Entre sus anécdotas cuenta que alguna vez las sandías sirvieron como remedio para la fiebre de una señora española que acudió a confesarse con él, pero, se cura en salud, aclarando que no pretende recomendar las sandías como remedio infalible contra las fiebres, pues “con ello quedaría en ridículo ante los ojos de los doctores” (58).

En otros casos, retoma lo dicho acerca de algunas plantas, pero advierte nunca haberlo comprobado, por lo que demanda la investigación de los especialistas: “Deben comisionarse hombres experimentados y bien versados en esta rama del saber para escribir una descripción minuciosa de tales remedios curativos, después de hacer una cuidadosa investigación y fiel observación. Esto, sin embargo, es mucho pedir a los españoles” (67).

Por su parte, la descripción del reino mineral principia con la de las canteras y diversas clases de piedras que ahí se encuentran; pensando siempre en su posible aplicación práctica, discurre que ante la escasez de madera en el lugar sería fácil erigir los edificios completamente de piedra, pero aclara que en Sonora no hay arquitectos ni albañiles ni quien trabaje la cantera, además de que este tipo de trabajo resulta muy caro aun para los españoles, y, respecto a los indios, “independientemente del hecho de ser miserablemente pobres, no necesitan albañiles y arquitectos para construir sus viviendas” (79), pues a ellos les interesan más los distintos tipos de pedernales con los cuales refuerzan las puntas de sus flechas y otras muy hermosas de color verde que emplean para adornarse. Menciona también algunas piedras con propiedades medicinales, como el *bezoar*, cuyo origen es animal, y la muy cotizada piedra *quadrada*, de muy difícil adquisición.

En cuanto a la riqueza del subsuelo, señala: los minerales más apreciados son el oro y la plata, sin considerar que en las montañas de Sonora reposan sin ser descubiertas grandes cantidades de cobre, plomo, estaño y fierro, los cuales harían rico a cualquiera. A continuación detalla los lugares donde se encuentra el oro, sus diferentes calidades, la forma de su extracción, la cual va desde el funcionamiento de las minas hasta el trabajo de los gambusinos y la organización económica y burocrática en su entorno, como la participación obligada al Rey de los ingresos obtenidos (llamada quinto), que aumentaba en forma extraordinaria las ganancias de éste; en contrapartida, el destino de quienes emprendían su explotación, arriesgando sus fortunas, generalmente era la miseria.

También describe los diversos descubrimientos que hizo durante sus salidas a pueblos cercanos, por ejemplo, un cerro recubierto de sal que —según sus informantes— resultó de sabor amargo y efecto purgante; sin embargo insiste en que ese producto podría tener aplicación en la medicina como la sal inglesa y la sal de bohemia: “Un médico experimentado podría fácilmente determinarlo con unos cuantos experimentos, pero ese cerro puede estar ahí por siglos antes que alguien en Nueva España piense en hacer la investigación necesaria” (84).

Esto lo conduce a explicar los distintos tipos de sal que se consumen en Sonora, los cuales provienen primordialmente de las playas del mar de California; la sal es tan abundante —dice— que aparte de satisfacer el gasto interno, bien podría exportarse. En fin —piensa— hay diversas posibilidades de progresar mediante el comercio y exportación de los productos naturales de la región, pero “la arraigada flojera y la indiferencia a la prosperidad aun frente a magníficas oportunidades evitan que se

haga esto” (85-86); sin contar con las trabas impuestas por los españoles, en este caso, el monopolio de la Corona en el comercio de este producto, declarado en 1766.

Del reino animal describe prolijamente las distintas especies que se encontraban en el lugar: caballos, mulas, burros, ganado vacuno y ovino, desconocidas en México antes de la llegada de los europeos, prueba de ello es que las muchas lenguas indígenas carecían de palabras específicas para designarlos: “lo que no tiene nombre en las lenguas indígenas es porque no se conocía en América antes de que llegaran los españoles” (94). Debatiendo siempre tácitamente con las ideas antiamericanistas, comenta que los animales traídos al Nuevo Mundo se multiplicaron de forma impresionante en estas tierras singularmente productivas. La ganadería tuvo un especial desarrollo, en parte, por la acción de los españoles, y, en parte, por la de los misioneros jesuitas. Pfefferkorn, además de conocer las actividades y técnicas de la ganadería, tenía gran interés en el aprovechamiento de las tierras y la explotación de los recursos naturales.⁹

Prosigue con los animales domésticos y los salvajes, las aves de corral, las raras y las de ornato, los animales venenosos, los insectos, las abejas y demás. Cuando el caso lo amerita, explica la utilización de los animales en diversas actividades del hombre (siembra, transporte, alimentación y otras). Igualmente, refiere la cacería y doma del ganado cerril —sea equino, sea vacuno—, así como la caza de algunos animales salvajes. A propósito, comenta que los *sonoras* —como llama a los nativos— no gustan de la carne de puerco, cuando podría ser muy fácil la producción de este animal:

No puede esperarse que esta actividad se desarrolle en Sonora porque nadie quiere ser criador de puercos. Esperar que un español lo sea, sería inferirle una soberana ofensa [...] El indio aborrece tanto a este animal que prefiere sufrir hambres antes de comer un pedazo de carne de puerco doméstico. (103)

Asimismo, elabora una relación minuciosa de los muchos animales venenosos que allá existen, aunque aclara que el peligro de ser dañado por ellos no es tan inmediato ni inevitable; no obstante, acopia la forma de curarse de los indígenas y los antídotos empleados. Éstos —agrega— son los más propensos a ser picados por estos animales,

⁹ Para solventar la economía de sus misiones, los jesuitas —Kino el más importante— organizaron éstas como empresas agropecuarias autosustentables, pues pensaban que su tarea no sólo era pacificar y evangelizar a los indios, sino también proporcionarles una nueva vida y hacerlos prósperos.

porque andan desnudos, duermen sobre el suelo y no mantienen limpias sus habitaciones; sin embargo, “la benigna providencia no ha olvidado los antídotos para la protección de sus criaturas” (133). Es ésta una de las pocas alusiones del misionero alemán a conceptos teológicos como la divina providencia;¹⁰ por lo general, predomina en su crónica un tono laico, pues el espíritu que lo anima se basa en la observación y la experiencia, lo cual no ensombrece su fascinación ante los misterios naturales.

Pfefferkorn todo lo observa, lo anota y trata de referirlo en la forma más objetiva posible, por ello no hace mención expresa de plantas y animales fabulosos como otros naturalistas jesuitas; aunque registra algunas consejas que corren en el imaginario local —como la de las víboras chirrioneras, que golpean a sus agresores con la cola o los carneros cimarrones, que cuando se ven cercados se precipitan por los desfiladeros y caen muchos metros abajo sobre su fuerte cornamenta sin sufrir el menor daño—, desmiente firmemente otras, como la creencia de que las gotas de lluvia se metamorfosean en sapos.

El primer libro de la *Descripción de la provincia de Sonora* termina con una segunda reflexión teológica, surgida en el autor al observar extasiado la textura y el diseño de las alas de las mariposas y sus hermosos colores:

Es imposible para una mente racional no conmoverse al contemplar esta maravilla de la naturaleza. Uno siente la innegable existencia del Creador y se asombra de su incomprendida obra. Uno se humilla ante su inconmensurable grandeza y se llena de los más fervientes deseos de ofrecer al Creador de la naturaleza el más digno sacrificio de veneración, oración y agradecimiento. (143)

UNA AUTÉNTICA ANTROPOLOGÍA INDIA

En la segunda parte de la crónica, Pfefferkorn, tras una brevísima introducción sobre los orígenes de los naturales americanos en general y de los primeros habitantes de Sonora, dedica los siguientes doce capítulos a la descripción de la población indígena de esta provincia, con base en el conocimiento directo de la realidad, lo cual —según Tietz— constituye una “auténtica antropología india” (24) y, como tal, en la actualidad, una fuente valiosa para el estudio de muchos fenómenos etnológicos.

10 Pfefferkorn se aparta de la físico-teología, entonces en boga en Europa, que veía en la naturaleza la imagen refleja de un plano superior.

Inicia con la caracterización pormenorizada de la constitución física de los sonoras, afirmando, de entrada, que todos son iguales o por lo menos él así los percibe: “hay tan poca diferencia entre todos los americanos que cuando se ha visto a uno, puede decirse que se ha visto a todos”; no obstante, poco después matiza la idea, pidiendo a sus lectores: “No debe concluirse de la similitud del color de los indios que sus características sean iguales, cada uno es diferente del otro en figura y fisonomía, pero para decir verdad, uno no puede negar que en algunas características todos son iguales”(149).

El misionero jesuita encuentra hermosos a los sonoras, con cuerpos bien formados, fuertes, saludables, de buena estatura y “libres de todos los defectos y debilidades a que están sujetos tan a menudo los europeos” (150). Continúa debatiendo con las ideas de los filósofos antiamericanistas, especialmente con Robertson, a quien se había referido en el prefacio de la obra:

[...] yo confirmo mucho de lo que Robertson y otros informan en sus escritos sobre los salvajes americanos, pero otro tanto lo pongo en duda o lo niego totalmente. Si muchas de las cosas que yo escribo sobre los indios parecen increíbles, yo respondo que no engaño al lector con fabulosas narraciones, ni con cuentos tomados de extrañas y a veces falsas fuentes, sino que comunico al lector únicamente aquellos relatos que se basan en mis propias observaciones, investigaciones y la experiencia de muchos años, así como la de los otros misioneros que estuvieron conmigo en Sonora. (20-21)

Esta actitud tan positiva de Pfefferkorn al delinear las características físicas de los sonoras se torna excesivamente severa y crítica al hablar de su carácter, hábitos, costumbres, atributos e inclinaciones, en los que también encuentra muchas similitudes entre ellos. Los indígenas —según su percepción— son despreciables, repugnantes, indolentes, vengativos y desfachatados; insensibles a toda bondad; proceden sin razonamiento ni reflexión; nada les merece simpatía; no les halaga la honra ni la suerte ni les duelen las penas; viven y mueren indiferentemente; de manera que para él: “La forma de vida de los sonoras difiere muy poco de la de un animal irracional” (159).

Si en la primera parte de la obra el cronista exalta la riqueza y exuberancia del mundo natural, ahora parece dolerse de la falta de dominio de los indígenas sobre ella, para aprovecharla en su propio beneficio y crecimiento humano, por lo ello percibe al hombre en estas circunstancias como un elemento pasivo, un animal de tantos, apenas *primus inter pares*. No obstante, precisa: su crítica actitud no se refiere a los indios ya evangelizados, sino a los salvajes, pues —irónicamente añade— “de

éstos no es posible decir nada que sea mucho más favorable” (152), con excepción de los ópatas y eudebes, únicos merecedores de alabanzas por haber mejorado sus costumbres.

Pfefferkorn tacha a los indígenas de insensibles, pero él se muestra igual ante la forma de ser de ellos, juzgándolos desde su mentalidad cristiano-europea —específicamente germana— como regla general e indiscutible. Le resulta inaceptable la concepción que tienen del tiempo, su *no* distinción de horas, semanas y días, su forma de contar, su carencia de memoria y su falta de proyección hacia el futuro. Encuentra lamentable que sólo se ocupen del presente, de lo que encuentran ante sus ojos o de lo que sus instintos animales los impelen a hacer. Lo exaspera su falta de sentido de lo bello, lo magnífico, lo espléndido y asegura: “Únicamente llaman su atención las chucherías y diversiones de chiquillos” (153).

Sin embargo, considero que su posición —como la de todos los jesuitas— es proindia, pues sostiene que los indígenas tienen la misma alma racional de los europeos, pero les falta la formación intelectual; por ello, está convencido de que, a base de paciencia inagotable, amor y un trabajo de continua educación, “sería posible remodelar esta ruda y tosca gente, aclarar su entendimiento, enseñarles una forma más noble de pensar y educarlos para que sean gente civilizada”. En este aspecto, Pfefferkorn revela puntos de vista avanzados en cuanto a la influencia del proceso educativo en el comportamiento de los seres humanos: “Si Sonora contara con escuelas, con maestros capaces y celosos y sobre todo, si fuera posible quitarles para siempre a los jóvenes los malos ejemplos de sus rústicos padres y de los otros adultos, la nación entera, en muy poco tiempo, dejaría de ser lo que es” (161).

La idea del posible cambio de los sonoras mediante la educación se reitera continuamente en el texto, en contraposición a las acerbas críticas de su carácter, hábitos e inclinaciones, de manera que la visión del misionero resulta bastante ambigua y, en ocasiones, hasta contradictoria y negativa. Son múltiples los adjetivos degradantes que endereza a los indígenas con los que va creando prototipos de los mismos, y, a la vez, se apropia de algunos estereotipos prevalecientes en Europa e incluso entre los jesuitas. De acuerdo con Pageaux, dichos estereotipos, más que signos, “son señales que remiten automáticamente a una sola interpretación posible, revelan una comunicación unívoca, una cultura en vías de bloqueo y marginación, difundiendo una figura esencial, primordial, primera y última” (107-108), las cuales, en este caso, derivan obviamente de su mentalidad cristiano-europea.

En lo relativo a la forma literaria de la crónica, al igual que en la primera parte, con el relato se mezclan comentarios, reflexiones y un buen número de anécdotas

—sucedidas a él o a otros misioneros—, contadas con gracia y fino humorismo, para ejemplificar sus afirmaciones acerca del carácter de los indígenas. Por ejemplo, sobre la astucia y picardía mostrada al justificar sus travesuras o zafarse de un buen lío, cuenta que en un Viernes Santo se les ocurrió ponerle pantalones a la imagen de Cristo crucificado, el cual debería llevarse en procesión, y cuando el misionero les inquirió por ello, éstos le contestaron: “Usted quiere que nosotros usemos pantalones porque es feo andar desnudo, pues el Cristo desnudo también debe usar pantalones” (155). También relata que otro misionero envió a un indio con una carta y cuatro sandías para un amigo suyo, pero el indio se las comió en el camino; no obstante, llevó la carta y cuando el destinatario le preguntó por las sandías mencionadas en la misiva, el indio socarronamente le contestó: “¿están en la carta? Qué bueno, porque se me perdieron en el camino y no sabía que había pasado con ellas” (154).

El cronista advierte con insistencia que las cosas son diferentes con los indios ya evangelizados asentados en pueblos bajo el control de sus superiores, donde se les mantiene alejados del mal y se les guía al bien, se combate su innata flojera y se les insta a trabajar. Estos esfuerzos han sido más fructíferos con ópatas y eudebes que con otras comunidades de indios conversos, entre los cuales muy poco se ha logrado (165). Ópatas y eudebes —según Pfefferkorn— están por naturaleza más capacitados y tienen una disposición mental mejor que las otras naciones de Sonora, aparte de haber acogido más tempranamente la palabra y enseñanzas de los misioneros, al igual que los pimas bajos, quienes recibieron la acción directa y benéfica del padre Kino, pero que se apartaron de la religión después de la rebelión de 1751.

Por otra parte, habla de los gustos de los indígenas, que se concentran en la cacería, el baile, el juego, además del tabaco y el consumo de bebidas alcohólicas. De acuerdo con él, ya borrachos cometen los hechos más vergonzosos imaginados, lo que sucede no sólo en Sonora, sino en otros diferentes países de América. Sin embargo —comenta—, estas fiestas, danzas y bebidas son más desenfrenadas entre los indios salvajes y más civilizadas entre ópatas y eudebes, quienes las ejecutan en la forma rítmica y ordenada que han observado en los españoles. Esto demuestra que *civilizar* a los indios básicamente implicaba para el misionero que éstos adoptaran comportamientos europeos en cuanto a vestimenta, costumbres, gustos, trabajos, avíos, manualidades artesanales, así como producción agrícola y ganadera, más que la adopción de elementos ideológicos y religiosos, lo cual sólo ocurrió en forma limitada.

Describe, a continuación, las costumbres de los indígenas desde una posición más neutral, aunque no exenta de su visión eurocéntrica y desde arriba. Destaca entre las danzas más importantes la *Pascola* y el *Motezuma*, a veces intercaladas con

representaciones o comedias, como la farsa *Toopptu* que significa imitación animal. De los juegos, que sujetan siempre a reglas estrictas, enfatiza el *patole* y el *cokimari*, así como la celebración de carreras. Para participar en sus festividades gustan de adornarse pintándose caras y cuerpos: “No hay europeo que se pueda sentir tan feliz en sus más galanas ropas como un indio con su piel alegremente pintada” (170 n. 1). También muestra su admiración por la velocidad que tienen los indios para correr: “En el tiempo que les toma a nuestros correos entregar una carta, el sonora ya ha regresado con la respuesta” (171).

Nada escapa a la aguda observación del sacerdote viajero; así, describe las costumbres respecto al matrimonio, al adulterio y su castigo, al embarazo de la mujer sonora, así como al cuidado y la educación de los niños, que por cierto —señala— son casi nullos: “no los instruyen, no los alientan hacia el bien y no corrigen sus faltas. Los ven cometer los excesos más vergonzosos con total indiferencia y silencio pero además contribuyen a la depravación del niño con su propio pecaminoso ejemplo” (174). Y sigue con la reseña de la forma en que visten, cómo construyen sus viviendas, los utensilios que usan, así como su forma de alimentarse y nutrirse. El alimento común de indios y criollos en todo México —apunta— es el maíz preparado en diversas formas, particularmente las tortillas, las cuales indios y criollos comen con la misma fruición que los europeos el mejor pan; mas para el gusto de los extranjeros no son agradables y sólo la costumbre las hace apetecibles. Confiesa que para él lo mejor eran los tamales, pues “ninguna empanadita le puede saber mejor a un alemán o un americano que un tamal” (184).

No obstante —prosigue—, lo que más le gusta a los sonoras es la carne y si es de caballo mejor; no comen cerdo ni pollo ni huevos, en cambio devoran ratas, ratones, culebras, víboras, lagartijas y toda clase de insectos. El jesuita se asombra de que con esta comida insípida y hasta nauseabunda “esta gente vive contenta, alcanzan edades muy avanzadas y son mucho más saludables [...] que otros cuyo alimento diario consiste únicamente de platillos artificiales y con muchas especias” (187).

En cuanto a las ocupaciones de los indígenas, aparte de la ociosidad (característica que, como se ha visto, a fuerza de repetición se convierte en estereotipo), se encuentran las propias de los hombres y las de las mujeres. Los primeros se dedican a la fabricación del equipo guerrero (arcos, cuerdas para el arco, flechas, aljabas, lanzas, cascos guerreros); la agricultura, que practican en forma muy superficial, y la procuración de comida para la familia mediante la cacería. Las segundas traen a casa leña y agua, preparan los alimentos, tejen canastos, hacen trastos de barro, acarrear

la cosecha a casa y cargan las provisiones y enseres durante los viajes; por lo general, ellas hacen los trabajos más pesados y difíciles.

El misionero dedica un extenso apartado a la explicación de la forma en que hacen la guerra, asunto en el cual —pese a tachar a los indígenas de miedosos y cobardes— reconoce su capacidad de organización para el combate: con este fin celebran consejos de guerra, así como pactos y alianzas con otras tribus; además, son capaces de guardar con gran sigilo sus acuerdos y decisiones, todo lo cual revela “que no obstante su estupidez pueden idear algo, reflexionar sobre ello y llevarlo a cabo astutamente” (199).

Un capítulo muy interesante es el noveno, en el que detalla enfermedades, curas, muertes y funerales de los sonoras, lo cual le da oportunidad de explicar los padecimientos más comunes en la región, entre ellos: las fiebres y calenturas intermitentes, el garrotillo o inflamación de la garganta, el pasmo y el empacho que sufren por glotonas. Pero le admira que no se padezcan enfermedades que causan tantas muertes en Europa, como la gota, la ciática, la apoplejía o la sífilis. Asimismo, relata haber vivido con sus indígenas el azote de diversas epidemias, durante las cuales se mostró solícito en la atención y cuidado de sus enfermos, actitud que contrasta con la de ellos, especialmente con los pimas, quienes —asegura— no se preocupan por los enfermos ni los cuidan, y desechan los remedios apropiados; en fin, actúan con indiferencia ante su propia salud o la de sus parientes. En todo caso —dice— prefieren recurrir a los hechiceros, verdaderos charlatanes que los engañan, haciéndoles creer que son brujos con poderes de curación.

El tema anterior lo conduce a observar el sentido que tienen de la muerte; para el jesuita es una circunstancia que oprime el corazón y provoca horror y escalofrío, así como temor e inquietud; los indios, en cambio, no le encuentran nada de terrorífico y la ven con toda naturalidad. Sin embargo, este hecho no suscita en el jesuita una reflexión personal ni un cambio de su concepto tan negativo de la muerte: ante ello, su sistema ideológico permanece impasible. Según Manfred Tietz, en general, los jesuitas añadían a su eurocentrismo un cristianismo barroco, caracterizado por su alto aprecio del saber humanístico-teológico, la idea de la autodisciplina y una conciencia terrorífica de la muerte, que implicaba la concepción de la vida como ascesis centrada en la práctica religiosa (527). Este conjunto de ideas contradice profundamente las reglas de la convivencia indígena, cuyo sistema Pfefferkorn no pudo ni quiso entender, pues creía profundamente que sólo el cristianismo podía lograr el perfeccionamiento del hombre y la sociedad.

Los sonoras no tenían religión como los aztecas y los incas —quienes contaban con un sistema religioso bien conformado—; por ello, antes de su conversión “vivían como lo hacen los animales que siguen ciegamente sus instintos y deseos” (212). Ellos —explica el misionero alemán— no alcanzan a comprender la existencia de un ser omnipotente; en su lengua no se encuentran palabras que signifiquen Dios, alma, gloria y otras similares. Si acaso aceptan la existencia del demonio, capaz de hacerles daño en su cuerpo y bienes, por lo que para contrarrestar los peligros acuden a los hechiceros. De ahí el combate tan intenso que libraron los jesuitas contra estos brujos, exponiendo públicamente sus bribonadas y aplicándoles severos castigos.

Otro tema que interesa al jesuita es el de la diversidad de las lenguas indígenas y la dificultad de los misioneros para aprenderlas,¹¹ si bien su interés es puramente instrumental: facilitar la evangelización y tratar de comprender el mundo indígena. Mas los esfuerzos del jesuita alemán por entender la alteridad a menudo se ven enfrentados con una barrera de silencio y de insensibilidad; así, comenta que sus feligreses escuchaban sus sermones y explicaciones con una pasmosa tranquilidad, si acaso respondían *hu, hu, nono* (sí, padre, así es) o *nacos tat* (quizá sea como usted dice), por lo que este tipo de comunicación resulta unívoca y vertical, reduciéndose a un “diálogo de sordos”.

A lo largo de la segunda parte de su obra, Pfefferkorn a menudo se refiere a los ópatas y eudebes, contrastándolos con la conducta de los indios salvajes y las otras tribus conversas;¹² no obstante, dedica específicamente el capítulo decimosegundo a describir su religiosidad, costumbres y habilidades; empieza por considerar que los ópatas y, en especial, los eudebes tienen una genuina disposición para el cristianismo y llevan una forma de vida cristiana: van a misa con asiduidad, se confiesan durante la cuaresma, participan de la sagrada comunión, en general asisten al rezo diario del rosario y disfrutan extremadamente la celebración de las procesiones de Viernes Santo, Domingo de Ramos, Corpus Christi, Día de Difuntos y Día del Santo Patrono de la misión. Dichas procesiones eran promovidas por los misioneros para fomentar

11 Se detiene en la lengua pima, de la que recoge algunos aspectos gramaticales y de vocabulario, los números y los nombres de los pueblos.

12 Respecto a los indios conversos de las otras tribus, Pfefferkorn expresa, con gran pesimismo, que, tanto él como otros misioneros, no podrían decir con certeza si “aun después de muchos años de tediosa instrucción a sus indios, que esta gente ignorante hubiera obtenido el necesario conocimiento de nuestra religión y un claro concepto de sus verdades” (228).

el respeto a la religión y la devoción de los indios, mismo fin con el que celebraban los servicios religiosos con la mayor ostentación posible en cuanto a ornamento de iglesias y altares, y oficio de misas solemnes con música y coros. Así, parece que los misioneros confiaban más en los impactos afectivos de estas ceremonias para atraer a los indígenas que en la enseñanza racional de la doctrina cristiana.

De esta manera, cuenta nuestro misionero que el día dedicado al Santo Patrono había corridas de toros, danzas tradicionales, y él ofrecía a los asistentes un gran banquete; la fiesta se prolongaba por ocho días “y mis indios no hubieran dudado en faltar si yo la hubiera continuado por todo el año” (273). Participaban en estas festividades, además de los indígenas, los españoles residentes en el pueblo y los venidos de otros lugares, a propósito de lo cual lamenta lo pernicioso que resulta la convivencia entre españoles e indígenas, en la cual los primeros dan a los segundos ejemplos de mala conducta, sobre todo los mineros, cuya presencia viciosa era un obstáculo para la misión.

El jesuita se caracteriza por su antiespañolismo; así, en el capítulo final del libro, da su visión de la población española de Sonora, muy crítica y formulada desde la mirada y distanciamiento etnológico de un observador alemán no integrado ni en la sociedad de los criollos —que era la más aceptable para él— ni en la historia de los conquistadores,¹³ aunque declara que las quince familias españolas residentes en Cucurpe tenían una conducta cristiana ejemplar. Los indios también rechazaban a los españoles; sin embargo, entre los eudebes ese innato odio —comenta— se había ido moderando, al grado de establecerse entre ellos relaciones de compadrazgo y realizarse varios matrimonios entre españoles con indias eudebes; estas uniones actualmente son consideradas como la base del mestizaje en la región. Respecto a la conducta moral de los eudebes, señala que los casos de robo, lascivia, adulterio y otros vicios eran menores entre ellos que en las misiones de otros pueblos, pues “no se llegaba a extremos de intoxicación y no se producían escándalos ni siquiera en sus reuniones, danzas y francachelas” (229).

13 Para él, los españoles tratan a los indios peor que a sus perros; son engreídos, perezosos, cobardes, voluptuosos, sumamente sucios, como los indígenas, y, además, malos técnicos, malos cazadores, no saben aprovechar la riqueza natural de Sonora; sus soldados carecen de formación militar, son explotados por los oficiales y sus autoridades son incapaces. En fin, desacreditan el cristianismo con la realidad poco edificante de sus vidas.

En otra vertiente, el cronista destaca la habilidad de los eudebes para los trabajos manuales, pues fabrican —tanto los hombres como las mujeres— utensilios y artesanías, tejidos e hilados de algodón, telas para camisas y aun trabajos finos de mantelería. Además, tienen una gran predisposición por las artes y muestran un gran talento musical para cantar, así como para tocar instrumentos como el violín, la cítara y el arpa. Él mismo —haciendo gala de sus conocimientos musicales, que los tenía y en abundancia— toma a su cargo la enseñanza y promoción de este tipo de actividades. Conmueve la emoción y alegría que muestra al recordar estos hechos, en contraste con las ásperas críticas y reprensiones a los indios, abundantes en la obra. Entre sus anécdotas, relata que el marqués de Rubí —comandante en jefe de las tropas reales en el Reino de México—, durante su recorrido por Sonora, se alojó en su misión, donde tuvo oportunidad de escuchar con gran sorpresa el canto de dos mujeres indígenas, cuyas voces destacaban por su pureza y dulzura, así como por su técnica vocal, al grado de que el invitado expresó “que nunca había escuchado tan gloriosas voces, ni siquiera en Madrid” (235).

Por otra parte, a pesar de los avances que observa en los indígenas de su misión, Pfefferkorn declara la imposibilidad de absolverlos de su habitual pereza y afición al descanso, acentuada cuando debían realizar el trabajo comunal, por lo que injustamente reclama: “los indios eran tan malos trabajadores que cuatro europeos hubieran podido hacer el mismo trabajo que hacían por lo menos cuarenta sonoras” (275). Lejos está de su consideración que lo que él designa como incompetencia e innata flojera podría haber sido un mecanismo de autodefensa y resistencia de los indígenas a la imposición del sistema de valores europeos.

Como los misioneros jesuitas eran acusados por sus detractores de acumular riquezas gracias al trabajo de los indios, el sacerdote da cuenta detallada de los recursos monetarios con los que se sostenía la misión. La base proveía de la cantidad de 300 pesos anuales destinada por el Rey a cada centro misional y manejada por un administrador, el cual vivía en la Ciudad de México, desde donde surtía los insumos solicitados hasta que el dinero se agotaba; pero como éste resultaba insuficiente, los gastos se completaban con las ganancias de la producción agrícola comunitaria y la crianza de ganado.

Los indígenas combinaban el trabajo en su propio beneficio y el de su familia con el comunal. La mayor parte del ingreso proveniente de este apartado era empleada por el misionero en cubrir las necesidades de sus indios; otra porción era para sostener los trabajos de la misión, así como la adquisición de ornamentos y servicio de

la iglesia, y sólo una cantidad mínima se ocupaba para satisfacer sus propias necesidades. Con esta misma partida —el sacerdote explica— se atendía a los enfermos y se alimentaba a otros indios, viudas, huérfanos, ancianos e incapacitados; también era destinada a proveerlos de ropa para combatir la desnudez y darles regalos para mantener su buen humor y hacerlos obedientes.¹⁴ Por todo lo anterior, Pfefferkorn se llena de indignación ante las habladurías respecto a los grandes tesoros de oro y plata que los jesuitas habían acumulado por el usufructo del trabajo de los indios, así exclama: “Yo, al menos, reto a cualquier español que mencione los tesoros que fueron encontrados en mi misión así como en las otras misiones de Sonora después de nuestra expulsión” (278).

También le molesta mucho que se atribuya el lento progreso de los indios en su cristianización y civilización a una descuidada enseñanza de los misioneros. Aunque señala la existencia de gente honesta e imparcial que ha visto las misiones de Sonora o se ha documentado en fuentes verdaderas y no falsificadas, como el ya mencionado Marqués de Rubí, quien, a su regreso a Madrid, declaró no haber encontrado fallas en los misioneros y, por el contrario, elogió su celo, paciencia y gentileza, así como el trabajo de instrucción de los neófitos. Los errores y resultados poco alentadores del trabajo misional en Sonora que el jesuita reconoce en diversas ocasiones, los atribuye no a la negligencia de los misioneros, sino a la terrible ignorancia de aquellos pueblos, a su bestialidad, costumbres y vicios, así como a los permanentes malos ejemplos de los españoles, incluyendo a las autoridades, el ejército y el clero secular, soslayando que también se hayan debido a sus experiencias no siempre positivas de jesuita alemán trasladado al mundo hispánico.

Casi al final del libro, Pfefferkorn hace un recuento de las actividades diarias desarrolladas por los misioneros, en el que puede percibirse su propia imagen: aparte de sus acostumbrados deberes diarios y la atención de los servicios religiosos del día, distribuían la comida a los necesitados y a quienes realizaban el trabajo comunal; vigilaban estrechamente la agricultura y demás labores de los indios, incluyendo la siembra que hacían para su propio mantenimiento; visitaban a los enfermos y a veces fungían como médicos, exponiéndose a ser atacados por seris, apaches o animales ponzoñosos cuando tenían que asistir a enfermos que vivían lejos de la misión; asimismo, atendían a los indios que solicitaban su ayuda durante todo el tiempo que

14 Es curiosa la enumeración que hace de estos regalos, que consistían sobre todo en tabaco y géneros de algodón, además de tijeras, navajas, agujas, cuentas de vidrio y otras chucherías.

lo necesitaran y a los españoles que vivían en la misión o cerca de ella, realizando muchas veces las labores correspondientes a los clérigos seculares.

Con trabajo tan intenso no le quedaba una hora quieta en todo el día, pero lo más duro y difícil para el misionero era vivir solo “entre gente rústica, ignorante e incivilizada” (283), sin nadie a quien recurrir en circunstancias adversas, pedir un buen consejo o mantener una conversación racional. En esos momentos de crisis que lo hundían en un profundo pesimismo respecto a los resultados de su acción civilizatoria y evangelizadora, confiesa que lo más reconfortante era “la inocente conducta de sus indios”.

CONCLUSIÓN

Ignaz Pfefferkorn se preocupó por ordenar, modelar y narrar la novedad de la provincia sonorensis, investigar ese otro mundo nuevo que había permanecido ajeno al europeo; por ello, difundir sus resultados —sobre todo en Alemania, su patria de origen— constituyó un objetivo central de su vida.

A su llegada a estas tierras se ofrecía ante su mirada una geografía, una flora y una fauna nuevas para presentar y explicar, así como un campo abierto de almas vírgenes para emprender la tarea de evangelización con la que soñaba desde niño. Pero, el enfrentamiento paulatino con la nueva realidad destruyó gran parte de sus ilusiones y lo llenó de resentimiento contra los españoles: autoridades administrativas, militares, mineros, clero secular, y contra los mismos indígenas, con quienes a veces surgieron diversas tensiones, pues, como dice Kohut: “Ni los padres eran seres angelicales, ni los indios eran seres sumisos y ávidos de recibir la fe” (XXII). Para colmo, la orden de expulsión cortó de tajo la culminación de su trabajo.

En la *Descripción de la provincia de Sonora*, Pfefferkorn deja un testimonio de la parte más activa y productiva de su vida, pues, no obstante la ausencia de datos biográficos, la crónica nos permite dar un vistazo a su propia vida, tan valiosa como su obra, pese a las contradicciones y ambigüedades que presenta. El jesuita alemán narra la otra cultura desde un intento de conocimiento y comprensión, pero también desde una posición que no olvida su lugar de origen, su tiempo, su propia cultura y sus creencias; de esta manera, no se produce un encuentro dialógico con el otro, pues lo impiden barreras de lengua, cultura y jerarquía. Con el cúmulo de observaciones, información, datos y reflexiones realizados construye y transmite la imagen del otro; visión en la que también está implicada su propia imagen, es decir, que, como todo viajero ante la alteridad, reafirma su propia identidad:

Quiero decir el Otro (por imperiosas y complejas razones la mayoría de las veces), y al decir el Otro lo niego y me digo a mí mismo. En cierta manera, digo también el mundo que me rodea, digo el lugar del que ha partido la “mirada” y el juicio sobre el Otro: la imagen del Otro revela las relaciones que establezco entre el mundo (espacio original y extranjero) y yo. La imagen del Otro aparece como una segunda lengua, paralela a la que hablo, coexistente con ella, duplicándola en cierta manera, para decir otra cosa. (Pageaux 106)

Las imágenes a través de las cuales el autor proporciona una visión de los indígenas en su crónica asumen una posición central en la estructura del texto, por lo que constituyen un elemento fundamental en su estudio y análisis. Mas la otredad no puede limitarse a constatar las simples diferencias, ya que éstas siempre surgirán al compararse unos seres con otros. Esencialmente, la otredad se liga a la experiencia de la extrañeza, que conduce a la descripción de los paisajes y los climas, las plantas y los animales, las formas, los colores, los olores, las potencias y sus aplicaciones, y, sobre todo, de los hombres, porque, de acuerdo con Esteban Krotz, “solamente la confrontación con las particularidades hasta entonces desconocidas de otros seres humanos—idioma, costumbres cotidianas, fiestas, ceremonias religiosas o cualquier otra cosa— proporciona la verdadera extrañeza” (57).

La imagología y la literatura de viajes —disciplinas que han constituido la base de mi investigación—, por su capacidad de centrarse en cuestiones histórico-culturales, políticas, sociales y aun de las ciencias naturales, revisten hoy una gran importancia y pueden tener interesantes aplicaciones en el campo de algunas disciplinas científicas (botánica, zoología, mineralogía, etcétera), y otras de carácter social como la historia, la antropología, la etnología. Además, la *Descripción de la provincia de Sonora* resulta una obra clave no sólo para conocer la historia y naturaleza de esta región fronteriza y, por tanto, la de México, sino también para ampliar nuestra visión del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Buffon, Georges Louis Leclerc, conde de. *Historia natural, general y particular escrita en francés por el conde de Buffon*, VII. Trad. Joseph Clavijo y Fajardo. Madrid: Vda. de Ibarra, Hijos y Compañía, 1798. IV+310.
- Burrus, Ernest J. *Misiones norteafricanas de la Compañía de Jesús. 1751-1757*. Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas 25. México: Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, Sucs., 1963.

- Decorme, Gerard, S. J. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial 1572-1767*, II. México: Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941.
- Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático*. Dirs. Charles E. O'Neill y Joaquín María Domínguez. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2001.
- Ette, Ottmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. Trad. Antonio Ángel Delgado. Jornadas. México: Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México/Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*. Trad. Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Hopkins Durazo, Armando, trad. *Descripción de la provincia de Sonora. Libro segundo*. Del padre misionero Ignacio Pfefferkorn. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora, 1983.
- Hopkins Durazo, Armando, trad. *Descripción de la provincia de Sonora. Libro primero*. Del padre misionero Ignacio Pfefferkorn. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora, 1984.
- Kino, Eusebio Francisco. *Crónica de la Pimería Alta. Favores celestiales*. Intr. Michel Antochiw. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora, 1985.
- Kohut, Karl. "Introducción. Desde los confines de los imperios ibéricos." *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Eds. Karl Kohut y Ma. Cristina Torales Pacheco. Textos y estudios coloniales y de la Independencia 16. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2007. v-xxxv.
- Krotz, Esteban. *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. Trad. Claudia Leonor Cabrera Luna. Sección de Obras de Antropología. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Llovet, Jordi. "La otredad de la literatura comparada." Jordi Llovet *et al. Teoría literaria y literatura comparada*. Ariel Letras. Barcelona: Ariel, 2012. 382-396.
- Méndez-Bonito, Silvia Navia. "Las historias naturales de Francisco Javier Clavijero, Juan Ignacio de Molina y Juan de Velasco." *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo*. Eds. Luis Millones Figueroa y Domingo Ledezma. Textos y estudios coloniales y de la Independencia 12. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2005. 225-250.

- Nentuig, Juan. *El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*. Intr., apéndice, notas e índice Margarita Nolasco Armas, Teresa Martínez Peñaloza y América Flores. Científica 58. México: Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1977.
- Och, Joseph. *Missionary in Sonora: The Travel Reports of J. Och S.J., 1755-1767*. Ed. y trad. Theodore Edward Treutlein. San Francisco: California Historical Society, 1965.
- Ortega Noriega, Sergio. "La penetración de los españoles en Sonora." *Tres siglos de historia sonorense, 1530-1830*. Coords. Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río. Historia Novohispana 49. México: El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. 11-63.
- Pageaux, Daniel-Henri. "De la imaginería cultural al imaginario." *Compendio de literatura comparada*. Trad. Isabel Vericat Núñez. Dirs. Pierre Brunel e Yves Chevrel. México: Siglo XXI, 1994. 101-131.
- Pfefferkorn, Ignaz. *Descripción de la provincia de Sonora*. Intr., ed. y trad. Armando Hopkins Durazo. Cien de México. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008.
- Pfefferkorn, Ignaz. *Sonora: A Description of the Province*. Ed. y trad. Theodore Edward Treutlein. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1949.
- Tietz, Manfred. "El padre Ignaz Pfefferkorn y su *Descripción de la provincia de Sonora*: de la apología religiosa a la etnografía." *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Eds. Karl Kohut y Ma. Cristina Torales Pacheco. Textos y estudios coloniales y de la Independencia 16. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2007. 507-539.

D. R. © Marina Martínez Andrade, México, D. F., enero-junio, 2015.